



CAPITULO IV

Esperando



MAJESTAD le llamábamos anticipando un poco los sucesos; por Majestad le escribían desde México y Majestad empezábamos á nombrar también á la Archiduquesa; y como ellos, lejos de marcarnos el alto ó de enojarse, lo tomaban por buen lado y hasta lo creían debido, no pasaban día ni hora en que no les diéramos el tratamiento. Sólo Aguilar, jurisconsulto romanista y amante de las fórmulas, se obstinaba en dar á los príncipes el título de Alteza Imperial, pues decía que mientras no aceptaran la corona, tomaran posesión de ella y recibieran nuestro juramento de fidelidad, Altezas y sólo Altezas serían. «De la boca á la copa se cae la sopa, exclamaba el moreliano y no faltan indicios de que este gran negocio de nuestra salvación se eche á perder y dé en borra... ¡Qué diablo! el infortunio acaba por volver escépticos á los más creyentes.»

Aquello, que hubiera parecido á cualquiera una precaución muy natural, al Archiduque le enojó, y un día que estaba de conversación en el gabinete de Carlota me dijo negligentemente:

— Vuestros paisanos son excelentes sujetos; pero no faltan entre ellos los maldicientes... Aguilar es hombre muy listo; mas ¡qué lengua la suya! no perdona á nadie; con la reputación de cada uno de sus compañeros de comisión ha levantado un pedestal en que se ha colocado lo más alto que ha sabido.



D. JUAN N. ALMONTE

— Vuestra Majestad no ha hecho caso sin duda de tales murmuraciones... V. M. es suficientemente ilustrado y generoso para dar oído á calumnias, quizás á consejas sin fundamento...

— ¡Ah, no! ni una palabra llegué á aceptar; no creí nada... Pero tiene Aguilar una gracia para desollar al prójimo... Como le preguntara por las gentes y las cosas



— Vuestros paisanos son excelentes sujetos; pero no faltan entre ellos los maldicientes.

de México, hizo las caricaturas más saladas y que más me han hecho reír... Aquel don Juan N. Almonte, que se ha vuelto currutaco y *muscadin*; aquel Salas desdentado y politiquero, que no vive más que hablando de sus hazañas guerreras; aquel Ormaechea, ceremonioso y fatuo, que no falta de decirle á su hermano el general para cederle la acera: «Pase la banda», mientras el otro le responde también sin falta: «No, pase la mitra...» Dice Aguilar, que al nacer los que hoy son General y Obispo, pusieron á la madre á las puertas de la muerte: ambos vinieron al mundo en un solo parto, y por estarse haciendo cumplidos para salir «Pasa tú...» «No, pasa tú, hermano», prolongaron el trance muchas horas. El comadrón decidió el conflicto mediante el fórceps...

Me reí del cuento y de la buena memoria del Emperador, y él prosiguió:

— Pero ¿qué criterio ha presidido al nombramiento de esta comisión? El buen Gutiérrez, que como dice la Archiduquesa, no es el padre, sino el abuelo del imperio, era inevitable; mas no me explico la presencia de otros como Woll y Murphy. ¿Qué vienen á hacer aquí esos extranjeros sin antecedentes y sin moralidad? ¿Por qué la comisión no tuvo, á falta de otros, el mérito de estar compuesta de mexicanos por nacimiento? Y luego, ¿por qué no se nombró á don Faustino Galicia Chimalpopoca? Un descendiente de los reyes de Anáhuac debe estar entre los que

disponen de la corona de sus antecesores... En cuanto á los otros no sé qué deciros; el pobre Hidalgo es un muñeco guapo; bueno está para los salones de Compiègne; pero para consejero de un fundador de imperios... «¿Cuántos kilómetros cuadrados tiene Yucatán?» «No sé, Sire...» «¿Qué número de tropas puede levantarse en México?» «No sé, Sire...» «¿Qué extensión tiene la frontera con los Estados Unidos?» «Lo ignoro, Sire...» Nada sabe, todo lo ignora, todo lo desconoce ese pobre politicastro...

— El señor Velázquez...

— Velázquez es un Juan de buena alma. Me contó Aguilar su vida y milagros; el negocio del piano, el de los dos mil pesos y otros muchos me hicieron reír; mas no como la frase de Tornel: «No he logrado, á pesar de todos mis esfuerzos, formar siquiera un hombre con los dos hermanos Velázquez de León, á pesar de que los he reunido y amasado á todo mi sabor...» Hombre de innegable talento, Miranda; pero es tan *cangrejo*... No puede ceder á las sugerencias de la civilización moderna, no hay quien le saque de la defensa de los caducos derechos del clero mexicano... Pero vale, vale mucho más que Labastida y Munguía unidos... En cuanto á los otros, no hay que hablar, pues nunca han brillado por sus capacidades políticas ni por su desinterés...

En ese momento el ujier anunció á la diputación mexicana, que venía á pedir la venia del Emperador para retirarse.

Penetraron al salón Hidalgo, Gutiérrez, Velázquez de León y Arrangoiz; y Maximiliano no hizo más que oír el aviso para salir á recibirles:

— Mi querido Gutiérrez, sed bienvenido. Habéis hecho bien en traer á don Francisco, pero hacéis mal en despediros tan pronto... Chevalier Hidalgo, que tengáis muy buen viaje y que seáis muy dichoso... No dejéis de encomendarme á la buena voluntad y al afecto de la incomparable Emperatriz de los franceses... Vos, señor Velázquez, que sois tan discreto, podéis decir á todos los buenos mexicanos que sólo espero que se reunan las actas de adhesión que todavía faltan, para emprender el viaje á mi nueva y adorada patria... Vos, Licenciado, que sabéis tanto acerca de México, no dejéis de impartirnos vuestras luces: ya conocéis cuánto os apreciamos...

Cada uno de aquellos cumplidos, hechos con el aspecto de sinceridad más grande, eran contestados con protestas de adhesión y con muestras de enternecimiento; pero el más extremado en sus manifestaciones era el buen Gutiérrez.

— ¿Sabéis, dijo el Emperador con languidez, qué me duele al salir de Europa? El no volver á España, el país del sol, de las mujeres hermosas y de las grandes pasiones... En aquellas catedrales, en aquellos palacios, en aquellas ciudades sentía latir el alma de toda mi raza. Mi abuelo el primer Felipe; el gran Carlos V, debelador de pontífices y

vencedor de reyes; don Felipe II, el sombrío monje del Escorial, todos mis deudos, en fin, me hablaban allá para pedirme que tomara la espada de los Austrias, que ahora está caída por el suelo porque no hay quien logre alzarla y moverla: yo seré quien la empuñe y consiga lo que otros no han podido... España, España (exclamó en arranque lírico), país de mi elección, país de mis recuerdos, país de mi cariño: ¡bendito seas!... ¿Y sabéis qué adoro más de España? Las corridas de toros, esa lucha del hombre contra la fiera, del mozo vestido de seda joyante contra la bestia armada de cuernos enormes y agudos... Ese espectáculo de sol es mi espectáculo favorito...

Siguió en esa *tessitura* un buen rato y luego llamó á Gutiérrez so pretexto de hablarle de un asunto urgente. A poco volvió el pobre viejo anegado en lágrimas:

— ¡Qué piadoso, qué noble, qué bueno es el Emperador! En su recámara, en un altarito lleno de primores, rodeada de hachas de cera y de ex-votos, guarda una imagen de la Virgen de Guadalupe, y por cierto que es obra de un buen pincel... ¡Bendita sea la Divina Providencia que nos permite ver esto!... La Virgen, la Virgen de Guadalupe, la patrona de los mexicanos, le ha de hacer tan dichoso como él merece... ¡Gloria al Emperador y gloria á nuestra Madre Santísima!

Pasado un rato, se despidieron los diplomáticos, y Maximiliano me dijo:

— Al fin libres de estas mulas rezonas; al fin solos y sin la compañía de estos beatos...

Los días siguientes fueron de calma y placidez. Maximiliano había recibido los planos del Palacio Nacional y del de Chapultepec, y pasó una semana derribando tabiques, abriendo puertas, extendiendo galerías, señalando residencias, alfombrando, esterando, alumbrando, reduciendo y aumentando aquel viejo palacio de los virreyes, compuesto de superfetaciones absurdas y de pesados armatostes. Chapultepec debía quedar inconocible: en aquel peñón en que apenas se levantaba la casona que el virrey Gálvez mandó construir y que había sido dedicada á colegio, á cuartel, á observatorio, á todo menos á residencia de placer, debía alzarse un alcázar bellissimo y que con el tiempo quedaría lleno de obras de arte. Como yo era la única persona que por esos días estaba en posición de dar noticias de México, no dejaban de consultarme ni un momento.

— Señora Ubiarco (permitidme que os mencione por ese hermoso apellido español y no por el horrible de Jecker); ¿no os parece que de la escalera de honor debe seguir la Galería de Iturbide? ¿No creéis que la Galería de pinturas debe quedar al lado de la Sala de Carlos V y delante de la Sala de Audiencias?

— Señora Ubiarco, ¿qué os parecería destinar este espacio á Galería de la Guardia palatina?

— Señora Ubiarco, ¿qué diríais si se llamaba á este salón Sala de Yucatán?

— Ya veréis, señora Ubiarco, la hermosa Galería de los Leones; os va á encantar.

Y de este modo, remecidos en dulces fantasías, pasaban la vida aquellos jóvenes príncipes y me obligaban á pasarla á mí, que, si he de deciros la verdad, también me pirro por cuanto significa boato y ostentación.

Una tarde, tras de hablar por largo tiempo de esas deliciosas tonterías, la Emperatriz me preguntó al descuido:

— ¿Conocéis, señora Ubiarco, á don Jesús Terán y á don Juan Antonio de la Fuente?

— No les conozco, Señora, contesté; pero sé que son republicanos á macha y martillo, las almas condenadas de Juárez. ¿Queréis saber algo más de ellos? Puedo informarme con mis amigos liberales.

— No, nada; deseaba sólo saber si les conocíais.

Dos ó tres días se retardaron el almuerzo y la comida; la condesa de Lützon acudía con la Emperatriz, le hablaba en alemán y ambas permanecían calladas; al fin veíamos salir á un encapotado que subía á un coche del castillo mientras el Emperador le despedía desde la terraza.

Maximiliano estaba de un humor detestable; aquella su verba, aquella su buena sombra habían desaparecido como por encanto. El último día, sacando un gran mon-

tón de papeles, dijo á la Emperatriz en tono displicente:

— Malísimas noticias de *allá abajo*: la regencia y el arzobispo están á matar; ya me lo figuraba; el tal Labastida siempre me pareció un intrigante, un mal sujeto, un bellaco: ya se lo diré de misas á Su Señoría Ilustrísima... El y Munguía han faltado á cuanto me prometieron. Pretenden que se declare la nulidad de las ventas de bienes eclesiásticos; pretenden que se desconozcan los pagarés; pretenden ponerse sobre la autoridad civil; pretenden, en fin, hacer que el mundo se detenga ó se vuelva para atrás; vano empeño, vana pretensión...

Otro día sus quejas fueron más explícitas:

— ¡Oh, los franceses están acabando con el país! Se han gastado cien mil duros en recibir á Forey, otros cien mil en arreglarle casa y no sé cuánto en mantenerla: hay de todo; desde jarrones de treinta mil francos, hasta botas para los criados y pago de lavandera... No se imaginaba el señor comandante general, senador y mariscal de Francia que le fuera á pagar el erario de nuestra patria los gorros de los marmitones que le aderezan la comida... Afortunadamente mi grande y bondadoso amigo el Emperador de los franceses puso ya término á ese despilfarro y ordenó que Forey entregara el mando al general Bazaine... Mas, creedme, los franceses tienen demasiada mano en las cosas de México: acaban de condecorar á un tal Facio por los méritos de haber sido cobarde y ladrón; ahora le proce-

san los mismos que le condecoraron por la pequeña infracción de haber tomado doscientos mil francos de las cajas del ejército... Verdad es que en los actuales momentos resulta necesaria y digna de encomio la conducta de los franceses; el arzobispo acaba de excomulgar á los tenedores de bienes eclesiásticos; ha catequizado á los jueces y magistrados obligándoles á no pasar por la subsistencia de las Leyes de Reforma y escribe, predica, vocifera, maldice y bendice á su sabor á quien se le antoja... Que no se olvide el arzobispo de que tengo en las venas sangre de los Hohenstauffen, de que desciendo de los duques de Borgoña y de Carlos V y de que soy nieto de José II... ¡Un clérigo revoltoso, un indigno ministro del altar, un arzobispo más ó menos, nada les importaron á los míos y nada me importarán á mí, vive Dios...!

Mas aquella racha que había soplado en el almuerzo se aplacó á la hora de la comida. Regresó Maximiliano de acompañar al personaje encubierto y se sentó en el gabinete azul á aguardar la llegada del maestresala:

— Juárez, según parece, tiene muchos partidarios; le sigue la mayoría de la nación, y los monarquistas no son sino unos cuantos rezagados y ambiciosos, sin popularidad y sin prestigio...

Pasamos al comedor y allí continuó el Emperador hablando en español para no ser entendido de los criados. A la dificultad que le costaba el idioma, se unía la dificul-

tad que le producía decir las cosas que se le venían á las mientes; por fin, con un suspiro salido de lo hondo del alma, dijo claramente:

— Habrá que renunciar á la empresa de México...

La Emperatriz, sin alterarse, le dijo con afecto:

— Dejad esas cosas, Max, y medita despacio las respuestas que habéis de dar á la comisión mexicana: con corona y sin corona seremos siempre dichosos, y yo para mí nada deseo... nada. Pero para vos, Max, para esa frente pensativa y hermosa, para esa frente en que irradia el genio, yo deseo una diadema que por lo menos brille tanto como la de vuestro hermano... Vos la ambicionáis y hacéis bien, porque sois acreedor á ella, y yo también la ambiciono para vos, para que podáis lucir todas las excel-sas dotes que os dió el Creador.

— Mi buena Carlota... exclamó Maximiliano con ternura, apretando la mano de su mujer.

— Que la empresa de México tiene dificultades, ¿quién lo duda? mas por eso precisamente es digna de vos: un Hapsburgo no acomete cosas llanas y que estén al alcance de todos; hace aquello que está no más en el poder de los fuertes y de los altos: *per angusta res angusta*... ¿Quiere decir eso que habéis de triunfar forzosamente? No; quiere decir sólo que habéis de luchar y que tenéis probabilidades de vencer. Supongamos, amigo mío, que no triunfe Mr. de Lesseps en su empresa de abrir el canal de Suez;